



Jean Jaurès pronunciando una arenga en el Teatro Argentino en el funeral civil de Florentino Ameghino.

A UN SIGLO DE LA INMORTALIDAD DE FLORENTINO AMEGHINO

Este año se cumplió un siglo de la desaparición física de Florentino Ameghino (Luján, 18/9/1854 – La Plata, 6/8/1911). El 18 de Septiembre de 1911 (en coincidencia con su natalicio) se organizó un “funeral civil” en el Teatro Argentino de la ciudad de La Plata. Allí, el prestigioso político pacifista Jean Jaurès, que estaba de visita en el país, rindió su homenaje delante de una inusual escenografía. Se trataba de una suerte de acrópolis dominada por un templo con una representación del sarcófago de Ameghino custodiado por Minerva, símbolo de la ciencia. En la base, las figuras de la Humanidad y la Historia completaban esa guardia de honor. Sobre su nombre se ubicó una representación del busto del sabio, modelado por el escultor polaco Alejandro Perekrest, que más tarde se dispuso en el Zoológico de Buenos Aires. Detrás de todo esto y a lo alto, una gran bandera argentina atravesada por un bando de luto. Ese día se solicitó la presencia de la banda de la Policía de la Provincia de Buenos Aires y la impresión –por parte del gobierno- de 2.500 ejemplares del retrato de Ameghino y otros tantos folletos sobre la crónica y los discursos de esta ocasión para distribuirlos entre la concurrencia y entre las instituciones universitarias y científicas del país y el extranjero, como perdurable recuerdo del hecho. Entre las muchas personalidades estaban su hermano y colaborador Carlos Ameghino, Clemente Onelli (sentado en primera fila, sosteniendo su bastón y sombrero con ambas manos), José Ingenieros y Eduardo L. Holmberg. Estos dos últimos fueron los oradores protagónicos. Tal como lo dijo Holmberg: “Ameghino supo mirar y ver con ojos geniales; supo abstraerse a la mayor parte de los compromisos de sociedad que absorben y deleitan el tiempo de los desocupados; supo ser independiente y altivo, con la resistencia de un espartano y la dignidad de un héroe; supo merecer sin doblarse y triunfar sin dianas, colocándose en la cumbre junto a los más grandes sabios contemporáneos, sin dislocar a nadie ni despertar envidias... Tuvo el ahínco del conquistador de un mundo de misterios”. Cuesta imaginar hoy homenajes de esta naturaleza para nuestros sabios actuales. Ojalá que este recuerdo impulse los homenajes -que en vida- merecen nuestras grandes figuras.

Claudio Bertonatti